

X ALFREDO PEREZ GUERRERO

X IBEROAMERICA



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

DISCURSO PRONUNCIADO EL 18 DE OCTUBRE DE 1954 EN SESIÓN SOLEMNE DEL CONGRESO NACIONAL

Señores:

Su excelencia, el señor Vicepresidente de la República, me ha investido de la honra de presentar a vosotros, ilustres representantes al Congreso de Educación reunido en esta Ciudad, el saludo del Congreso de mi Patria.

Tan señalada distinción no la debo a mis méritos personales, tan modestos, sino a mi calidad de Senador por la Educación Pública y de Rector de la Universidad Central.

Pero, ya que mi falta de dotes literarias y oratorias me vedan el traducir en frases bellas y vibrantes el significado profundo de este acto y el mensaje que el Congreso Nacional desea dirigiros, deseo, a lo menos, decir mi pensamiento de profesor de segunda enseñanza antes y de profesor universitario ahora, sobre las labores en que estáis empeñados.

Habéis venido a reuniros en un país reducido de territorio, que en los mapas de América ocupa un sitio insignificante; en un país cuya población total apenas sobrepasa de los tres millones. Y, en una ciudad pequeña, de trescientos mil habitantes, desprovista de avenidas suntuosas, de altos edificios, de grandes hoteles y de las comodidades que da la riqueza económica. Un pequeño país y una pequeña ciudad. Pero este país fué, en el lejano cuento de la historia, cuna de razas heroicas e indomables. Aquí vivieron los caranquis, los quitus, los puruhaes, los cañaris, los paltas, los huancavilcas; y esos hombres, luego de una lucha homérica contra las huestes disciplinadas de los dos grandes Incas: Túpac Yupanqui y Huaynacápac, cuando no pudieron vencer en la batalla, porque eso era imposible, triunfaron por el amor, porque el Gran Inca unió su sangre con la de una princesa de Quito, y fué fruto de su amor Atahualpa,

quién recogió para este país los laureles del pasado. Esta tierra fué luego, en los largos siglos coloniales, la Audiencia de Quito, y, más tarde, cumplida la gesta de la Independencia, fué Colombia creada por Bolívar, y hoy Ecuador, ese pequeño girón en los mapas de América del Sur.

Estos tres millones de hombres de hoy descienden de aquellas tribus aborígenes, de dulces y extrañas denominaciones, y de los hombres que vinieron de España a conquistar tierras, para mayor gloria de Dios y mayor poderío del Rey, pero que en verdad vinieron a ofrendar en los altares de nieve de América y en las naves de sus valles, los tesoros de la raza española: el idioma, la religión, el valor y la rebelde, altiva e indomable voluntad de dignidad y de libertad. Y como el hoy no es sino una etapa del ayer, un estar transitorio de un proceso en marcha continua, una onda del río del tiempo, de tal manera que pudiera decirse que todo sér y toda vida, tienen la profundidad infinita del pasado y la profundidad sin medida del futuro, puesto que es así, podemos afirmar que el pueblo de mi Patria, es el pueblo de esa raza de piel obscura y de vitalidad pujante, que en el umbral de la historia creó un sistema social, económico y jurídico, cabal y único, que no ha sido superado por los de otros países de más allá de los mares; es el pueblo que en la Colonia aprendió las lecciones de España, en religión, en arte, en sabiduría, en afán de libertad; que cumplió las dos hazañas máximas del heroísmo humano con Francisco Pizarro y con Francisco de Orellana, el descubridor del Río Mar, el Río de Quito, el Amazonas; que, en fin, construyó ciudades, y en las ciudades, templos maravillosos para guardar en ellos el tesoro de su religión y de su espíritu.

Estos hombres de hoy son, en verdad, Rumiñahui, el indio que incendió Quito, para que el conquistador no encontrara sino ruinas, y se retiró solitario y soberbio a morir en las quiebras de los montes; es Mariana de Jesús, flor de santidad y de hermosura; es Francisco de Santa Cruz y Espejo, el indio de sabiduría enciclopédica, precursor de la libertad de este Continente; es Rocafuerte, el más civilizado y clavidente de los gobernantes de su tiempo; es García Moreno, el constructor de voluntad férrea y de implacable corazón; es Alfaro, espada y antorcha de la Libertad, cuya vida y cuya muerte son paradigma y ejemplo de epopeya. Y es Montalvo, voz rebelde y soberbia de la Patria, cuya prosa no ha sido superada; y es, González Suárez, el sacerdote que pu-

do decir, que no se debe sacrificar la Patria para salvar la Religión, y que, si el Ecuador desaparece, debe desaparecer en los campos de batalla y no envuelto en los hilos diplomáticos. Y son los pensadores, los poetas, los artistas, los maestros y, por encima de todos ellos, nutriéndolos, estimulándolos, dándoles su aliento y su fuerza, son las generaciones ecuatorianas que levantaron en Quito, la primera pira de la libertad de América, en Agosto de 1809; que por esa libertad combatieron en campos y en ciudades, y a quienes no pudo dominar por mucho tiempo ningún caudillo ni tirano, porque este pueblo tiene en su sangre y en su espíritu la pasión de la libertad y la justicia, y porque nunca vendió su primogenitura de nobleza por ningún precio.

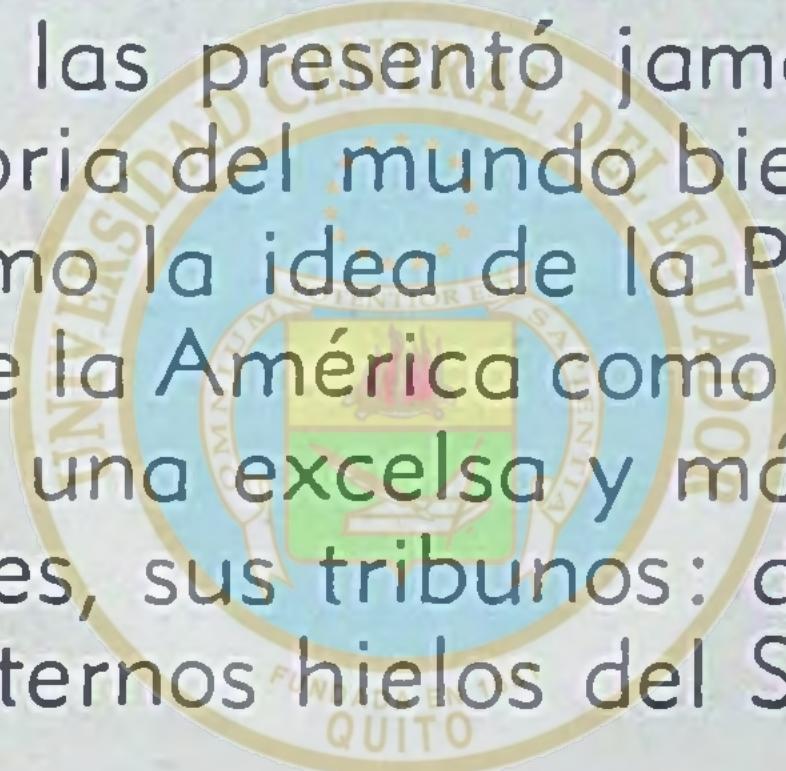
Habéis, ilustres representantes de España y de América, llegado a este país pequeño en población y en territorio y a esta pequeña y materialmente pobre ciudad de Quito. Pero yo os ruego que apreciéis con vuestro talento y vuestro corazón, los títulos que brevemente he hecho valer en nuestro abono. Sé bien que los consideraréis aceptables. Al fin y al cabo la gloria y la lumbre del pensamiento y de la acción de nuestros hombres, son también vuestros, porque pertenecen a esta Patria grande, a esta comunidad de naciones que son América, España y Portugal. Es semejante la sangre que corre por nuestras arterias, y es semejante el espíritu que enciende nuestras mentes. Hablamos la lengua que nació como milagro prodigioso en las gargantas de los hombres de Castilla, y que fué pulida por Alfonso el Sabio, Cervantes, Teresa de Jesús, Nebrija y los Lises de León y de Granada. Y hay en nosotros y en vosotros la misma vocación de soledad, la misma pesadumbre e insatisfacción de lo terreno, igual afán apasionado por horadar los muros de lo visible y transitorio, y penetrar con nuestra angustia y con nuestro grito en el arcano misterioso de Dios. Todos tenemos, así mismo, el ímpetu quijotesco y generoso de las grandes proezas, y quisiéramos salir por los campos del mundo en busca de aventuras, de injusticias que reparar y de cautivos que redimir. Y todos podemos repetir con Unamuno, ese grande de España, pensador, escritor y apóstol de alma mística comparable sólo a Teresa la Grande, a San Juan de la Cruz o a Juan Eusebio Nieremberg, bien podemos, digo, repetir con él estas frases suyas: "Mira, Señor, que el día en que tu siervo Sancho cure de su locura, se morirá, y al morir él, se morirá su España, tu España, Señor.

Fundaste este tu pueblo, el pueblo de tus siervos Don Quijote y Sancho, sobre la fe en la inmortalidad personal; mira, Señor, que esa es nuestra razón de vida y es nuestro destino entre los pueblos el de hacer que esa nuestra verdad del corazón alumbe las mentes contra todas las tinieblas de la lógica y del raciocinio, y consuele los corazones de los condenados al sueño de la vida".

Locura quijotesca, para arremeter contra injusticias, mentiras y maldades; arrogancia estoica y noble que no se humilla ante la riqueza, la fuerza ni la misma muerte; individualidad poderosa que hace del hombre el centro del mundo y que se siente capaz de subyugarlo y someterlo; fe en una misión ecuménica; y, junto al orgullo, una profunda y auténtica humildad de alma que busca el centro de su destino. Estos son los atributos y las esencias de los hombres de España y Portugal, de México y de Chile, de Uruguay y del Brasil. Y, por estas esencias, por esta savia que alimenta los espíritus de doscientos millones de hombres que habitan tan diversas tierras, tenemos derecho de hablar de una comunidad de naciones, cuyo pasado es patrimonio y gloria de todos y cuyo porvenir está confiado a cada uno de nosotros. Es posible que, en el camino hacia ese porvenir, los hombres iberoamericanos seamos los portaestandartes de los ideales que buscan afanosamente los demás en esta hora sombría de contradicciones y agonías.

Por eso, ilustres visitantes, os decía que tendréis por valideros los títulos y calidades que exhibe ante vosotros mi Patria y esta Ciudad de Quito, que ha vivido con honra en la historia, durante medio milenio, y que aspira a un porvenir tan glorioso y tan alto como su pasado. Por eso son, así mismo, nuestros, del Ecuador y de Quito, los hombres y las acciones de vuestras Patrias. Nuestro el pensamiento de España, en su Siglo de Oro; nuestras, las proezas de Cortés y de Pizarro; nuestro, Artigas, Sarmiento, San Martín, O'Higgins, Nariño, Juárez, Rodó, y, nuestro, por encima de todos ellos, Bolívar, el más puro símbolo de España y de América; señor de las batallas; creador de pueblos; maestro de derecho, de política, de filosofía; apóstol de la libertad, cuya voz resuena aún en nuestras almas y cuyo brazo levantado señala a nuestros pueblos las verdaderas rutas de su porvenir. No es de Venezuela, Bolívar, ni de Colombia, ni del Perú, es de América: es su héroe, su símbolo y su genio máximo.

Este Congreso Iberoamericano de Educación, significa que en España y América, hay la conciencia de esta unidad de espíritu y de cultura, y hay, además, conciencia de que nuestros pueblos tienen que cumplir juntos una misión en lo futuro. Nuevamente el Quijote adormecido que llevamos dentro, volverá, algún día, a vestir sus armas de caballero y a empuñar la lanza para salir, otra vez, por los caminos del mundo a imponer la libertad y la justicia, a decir palabras de sabiduría y de ilusión creadora, y a castigar a tantos malandrines que andan sueltos con disfraz de señorío, y a tantos bachilleres que con sus sutilezas, argucias y mentiras pretenden convencernos de que el humeante tizón de sus ideas, agresivas y mezquinas, es la Estrella de Belén de nuestras esperanzas. Así, alguna vez, en el inmenso mañana, se hará carne y verdad la voz profética de Bolívar, y serán actuales y vivas estas frases de Rodó: "En los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de las naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, del idioma, como nunca las presentó jamás y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la Patria, y es la idea de la América: la idea de la América como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima Patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos: desde el golfo de México, hasta los sempiternos hielos del Sur".



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La tarea que estáis cumpliendo tiene dos finalidades, cada una importante y trascendente. Es la primera, la de afirmar con vuestra presencia y vuestra emoción, la unidad esencial de los pueblos que habitan en América y España.

La segunda es discutir y llegar a conclusiones sobre los objetivos y los métodos de una educación valedera en esta época. Para este propósito traéis el aporte de vuestras experiencias, de vuestra sabiduría y de vuestros ideales. Tenéis sobre la materia conocimientos especializados. Sois los Ministros, los Rectores, los maestros, los organizadores de escuelas y colegios; a vosotros ha sido confiada la tarea y la responsabilidad de pulir, forjar y en cierto modo, crear el alma de esta generación iberoamericana. Crear para el hombre no es sacar las cosas de la nada. Crear es encontrar en las cosas y en las almas el secreto sentido, la secreta fuerza, el secre-

to amor que ellas poseen y que muchas veces no se revelan nunca, y se mantienen ignoradas como los diamantes antes de ser pulidos por la mano del artista. Educar es extraer de cada alma su tesoro de belleza, de verdad y de bien. En el hombre, en todo hombre, existe ese tesoro aunque no igualmente repartido, y la misión del educador es encontrarlo y enseñar a cada uno a emplearlo para su propio bien y para bien de los demás.

El educar en este mundo de la civilización y de la máquina es, en parte, una técnica. Son numerosos los libros de pedagogía, y los pedagogos saben de psicología, de lógica y de numerosas ciencias. Allí se enseña cómo y con qué reglas precisas puede darse una buena clase de historia, o de moral o de gramática; y qué dosis de conocimientos puede resistir el cerebro de un niño o de un adulto. Respetamos la técnica y la ciencia; ella ha sido y es el gran instrumento de nuestra civilización material. Pero, es preciso tener presente que el educar, antes que obra de técnica, es obra de amor; y que el Maestro del mundo que vivimos, Jesús de Nazaret, dictó su Lección de la Montaña, que resuena aún en los ecos de los siglos; y esa fué lección de amor y no de ciencia.

Lección de amor y de confraternidad iberoamericana, es la que daréis vosotros. Las conclusiones de vuestro certamen en esta ciudad alta, cuna y blasón del espíritu de mi Patria, serán provechosas para la educación de niños y de jóvenes. Mas, entre esas conclusiones, como denominador de todas ellas, subrayándolas y dándoles esplendor y permanencia, estará, sin duda, la de que, a través de diferencias superficiales o transitorias, nuestros pueblos deben reconocer su hermandad y la igualdad de su misión y su destino, y que es esencia de esa misión y ese destino el crear un mundo de paz, de amor y de libertad. Sobre todo de libertad, porque como dijo ayer el Presidente del Ecuador, el hombre es libre o no es hombre.

Aceptad, ilustres visitantes, estas palabras mías, tan opacas y desprovistas de galas. Son el homenaje que mi Patria rinde a las vuestras, homenaje que por venir del Congreso, al cual represento, es la voz misma del Pueblo Ecuatoriano.